

TROGLODITAS

CASI UN PRÓLOGO

Este pequeño librito no pretende disgustar a los historiadores sino hacer sonreír a quienes no lo son. Sin embargo, entre bromas y veras (más bromas que veras) se filtran algunas pocas cosillas que merecen una cierta atención. Como no se hace aquí ninguna alusión oculta y de carácter personal que sea motivo de ninguna querrela, y si la hubiere ya habría prescrito largamente, puedo estar con la conciencia muy tranquila y ofrecerte a ti, lector que me lees dudando si seguir o no con la lectura, estas páginas fruto de mi caletre, de mi tiempo y de mi dinero.

Capítulo primero

Los orígenes

Adán en el Paraíso no sabía escribir. Y, como tantas otras mujeres durante siglos, tampoco Eva. El único varón no podía enseñar las letras a la única fémina (aunque “hembra” sea la voz romance que deriva del latín, no deseo que se me “sambenitee” como machista por las feministas del lenguaje). Pero, a decir la verdad y sólo la verdad, tampoco les hacía falta escribirse cartas. Sin embargo, fue necesario algún tiempo para poderse hablar. Era preciso poner en marcha todavía el instrumento del lenguaje. Dios le puso delante todas las cosas a Adán para que les diera nombre: Adán, engolando la voz, algo torpemente por ser la primera vez, tomó entonces un pan y dijo: esto se llamará pan”; tomó “vino” y volvió a decir: “a esto se le dirá vino”. Y desde ese instante “al pan, pan y al vino, vino”. Ahora bien, solamente con los sustantivos no se pueden decir cosas como: “Evita, eres la única mujer del mundo que amo, aunque no sé si lo diría también si hubiesen más”. Y así se crearon los artículos, pronombres, adjetivos, y todas las demás piezas imprescindibles para construir todas las oraciones. Debemos reconocer que sin los requiebros amorosos el mero palpar la carne y el simple contacto de la piel no nos aleja mucho de los brutos.

La historia de la manzana, la serpiente tentadora y el enfado mayúsculo de Dios ya la conocemos. No hace falta repetirla. La expulsión del Paraíso – el primer desahucio de la historia humana- hizo posible que nuestros primerísimos padres oyeran el segundo imperativo oral después del “no comáis”. Dios, con una voz potente, exclamó: “Fuera de aquí” (eso de “Hágase” no lo escucharon porque Adán no había sido aún modelado con barro). Traspasada la verja del jardín, los

hombres – hijos de Eva – nacemos, crecemos, nos reproducimos (los que pueden hacerlo) y, acabada la tarea terrenal, criamos malvas y recibimos crisantemos. Y aquí se inicia ya la historia de la humanidad. O casi.

La salida de Adán y Eva del País de Jauja, como es lógico, no les sentó nada bien. Tenían que ganarse la vida (pan solo y más tarde untado en mantequilla) con el sudor de la frente mientras que antes les bastaba con alargar la mano para coger una pera y comer a mesa puesta sobre el césped igual que los pastores en las églogas bucólicas. Y los hijos no tuvieron mejor suerte que los padres. Caín se dedicó a la agricultura y Abel se ocupó de la ganadería. Ambos hermanos tuvieron, además de los habituales celos por ser el preferido, un conflicto económico secular: que si tus ovejas pisan mi sembrado, que sin mi sembrado no podrías pastorear tus ovejas. Las películas americanas del oeste nos han familiarizado con un problema idéntico y, entre nosotros, tenemos el caso de la Mesta. Y así, de disputa en disputa, todos los días, meses y años, pues es de suponer que fuera del Paraíso el cronómetro del tiempo hubiese ya comenzado a funcionar. De aquella gloriosa y bendita edad de oro en la que Adán y Eva se paseaban desnudos sin que les apretase el corsé y las corbatas, el hombre descendió, o más bien cayó, hasta la edad de piedra. Tan fuerte fue su descalabro que perdió el habla. El lenguaje, para decirlo de un modo melodramático, había desaparecido de la faz de la tierra. Vuelta al gu-gú y al ma-má.

Los niños pequeños aprenden pronto a hablar. O, al menos, chapurrean. Basta tener unos dos años para ser capaces de decir: “no me guta, no quiero eso”. Algunos lingüistas, bastante ingenuos, piensan que en el lenguaje infantil debe buscarse el origen del hablar. Sin embargo, olvidan que los niños no inventan sino que aprenden una lengua que ya está hecha. Los hombres de la edad de piedra no tienen planos para levantar las ideas, por más básicas que sean, ni tampoco conjugaciones para torturarse estudiando en la escuela aquello que se aprende mejor en la casa sin ningún esfuerzo. En suma, pasaron siglos y más siglos para recobrar el lenguaje (hagamos poco caso de las lejanísimas

fechas dadas por los prehistoriadores, pues éstos siempre las hacen retroceder aún más como si éstas fuesen cangrejos del tiempo). Desde Evita, bella y descamisada, hasta la australopiteca Lucy, enana y peluda, tal vez, quizás, quién sabe, el hombre no fue capaz de soltar otra palabra que un mero gruñido animal con un sentido bastante claro: “no toques a mi mujer ni a mi trozo de carne o te doy un mordisco”.

Los historiadores, para quitarse faena o bien para repartirse los departamentos en las facultades, colocan el prefijo “pre” en la historia y allá se las apañen los que no cuentan con documentos escritos para narrar los hechos. Sin escritura, no hay historia. Y dicen esto como si un notario dijese que sin las escrituras de la casa tampoco hay posesión de ella. Veamos, compañeros en las maltratadas humanidades. Un lingüista sabe que el signo es la unión de un significante con un significado. Y, aceptado esto, tan historia es la palabra como una cerámica muda y adornada. Cuando unas rocas se desprenden de un monte, caen de una forma aleatoria. Esto es naturaleza. Pero, si tres piedras se colocan alineadas, esto es civilización, y toda civilización, incluso analfabeta, posee siempre un devenir histórico.

Capítulo segundo

La época de los trogloditas

Como el hombre lleva en la tierra desde los tiempos de María Castaña, cuando hablaban las calabazas, los profesionales en la materia se han distribuido la tarea para estudiarla con mayor calma y detenimiento. Los peores parados han sido sin duda aquellos a quienes les ha tocado en suerte más años. Un historiador contemporáneo se limita a poco más de dos siglos mientras que los investigadores de cromañones y allegados tienen muchos miles de siglos para dar cuenta. Claro está, y no les falta razón, que unos pueden alegar aquello de la aceleración de la historia y que parece mejor hacer un pequeño viaje pagado para excavar unos cuantos metros la tierra en un país exótico que desempolvar legajos roídos por los ratones. En cualquier caso, la longaniza de la historia es tan larga que debe trocearse en varias partes aunque éstas no sean del mismo tamaño.

El primer corte grande es la división entre paleolítico y neolítico. Conviene saber un poco de griego (si queremos presumir) para entender que “paleo” es “viejo”, “litos” es piedra y “neo” es nuevo. Basta con estas pequeñas indicaciones para averiguar cuál de estas dos etapas es la primera y, teniendo en cuenta que el hombre progresa en sus conocimientos, advertir que las piedras del neolítico vienen a ser a la geología paleolítica como las gemas a la bisutería.

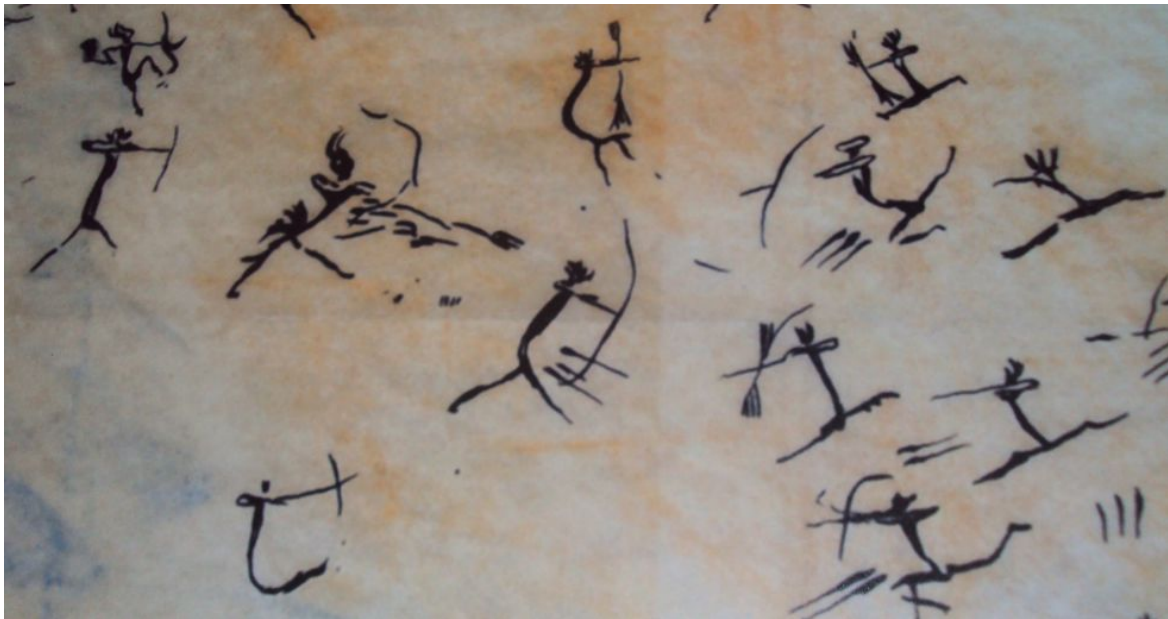
Estos hombres primitivos tuvieron que sentir pavor ante la llegada de la noche. ¿Volverá otra vez la gran bola de fuego en el cielo? Como siempre sucedía sin faltar nunca a la cita, perdieron todo cuidado. Éste fue el primer atisbo del método inductivo. De todas maneras era mejor quedarse quietos sin moverse, incluso en las fases lunares, pues en la oscuridad cualquier tropezón fatal podía matarlos o, por lo

menos, abrirles la sesera. Pero tanto como la desaparición del sol detrás del monte, les llenaba de terror y hondo pánico la aparición de los rayos y relámpagos acompañados de unos furiosos vozarrones – como un dios gritando- que son los truenos. Y para escapar de ellos se escondían como comadreja en cuevas, esos negros agujeros de la tierra que parecen hechos expresamente para guarecerse de las lluvias. Tenían frío, sí, pero mejor eso que calarse hasta los huesos a la intemperie con las lluvias. Un día, el más listo de la tribu – versión histórica del mítico Prometeo – descubre que el fuego se puede controlar. Un rayo cae, derriba un árbol convertido en llamas, pero si se acerca una ramita seca, ésta prende y podemos llevarla a casa con la misma satisfacción de quien sopla una tarta de cumpleaños o ha inventado la bombilla eléctrica y el alumbrado público. Ahora bien, las ascuas del fuego se consumen, aunque bufando “fuuuu” “fufuuu” el fuego se aviva, las brasas reviven cual ave Fénix. Probablemente este renacimiento causaría un asombro similar al producido cuando vemos salir una llamarada de la boca del faquir.

Una vez domesticado el fuego, el hombre asciende el primer peldaño del progreso: ahuyenta a las fieras salvajes, hace cocer los alimentos que siendo más blandos resultan más comestibles (este ablandamiento debilita los dientes para gran gozo de los futuros odontólogos, pues nunca se ha visto un burro que tenga problemas de dentadura). Pero la aportación mayor del fuego es la luz y el calor que proporciona (no hace falta saber mucha economía para conocer que ambas facturas están estrechamente relacionadas). Las fogatas requieren leña para arder, pero como en aquellos tiempos los hombres eran unos raros bípedos implumes y los bosques estaban más poblados que las cejas, nadie protestaba contra la deforestación del planeta. En la cueva oscura, a la luz de la hoguera, se formaba una nube espesa de humo que nos recuerda mucho aquellos cafés parisinos donde unos intelectuales progres discutían acerca del ser y la nada. No es extraño que algunos

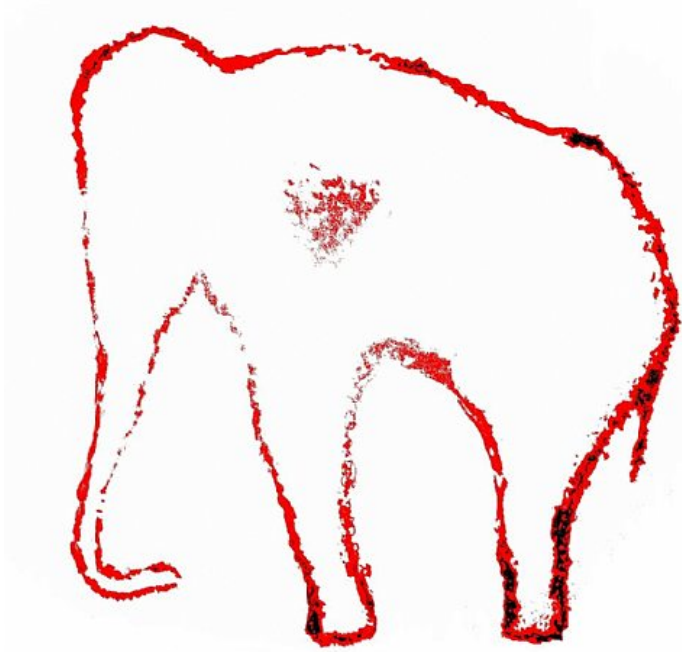
hombres con dotes artísticas, casi en trance por la humareda del ambiente – tan poco sana como el cannabis – sintieran la necesidad de pintarrajar las paredes, cosa que, por otro lado, se les ocurre siempre a los niños sin darle demasiada importancia ni que ello entre en los manuales de historia del arte.

En aquel tiempo existían dos escuelas: una clásica, realista; otra moderna, figurativa sin llegar a ser abstracta. La primera representaba, entre otras cosas, bisontes, animal que luego se incluirá en las cajetillas de cierto tabaco pues por el humo se sabe dónde está el fuego. La segunda tendencia nos parece dibujos infantiles salidos de una guardería. Pero no, ¡qué va! Cualquier retrógrado vanguardista de medio pelo no tiene ni la mitad de gracia y talento que muchos de aquellos pintores anónimos. Miremos. Ni Miró.



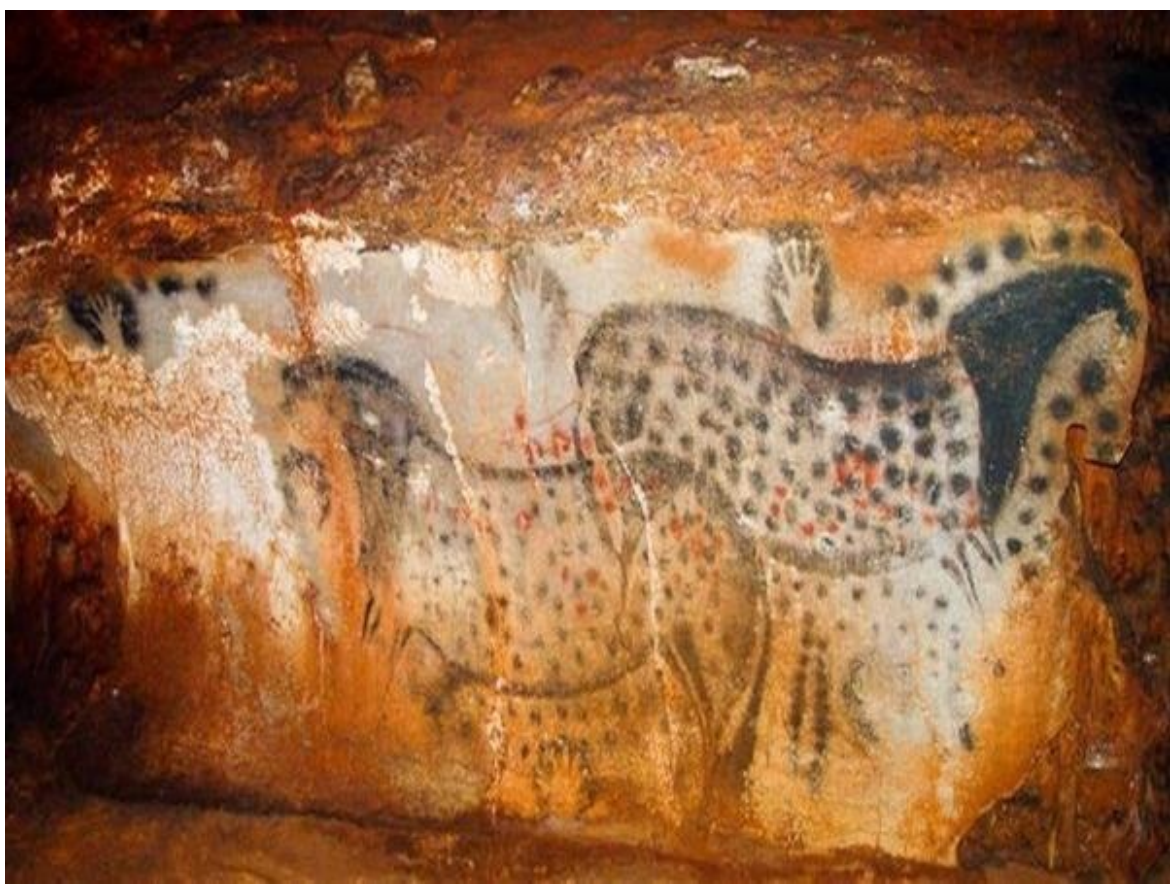
Los prehistoriadores no creen que el hombre primitivo sea capaz del “arte por el arte”. Como si fuesen psiquiatras de una era desconocida sientan en el diván a un imaginario neandertal y escriben su diagnóstico: “pensamiento mágico”. Los dibujos -dicen- son talismanes que sirven para atraer la

caza. Pura superstición, vamos. Pero quizás los hombres primitivos no eran tan tontos. Veamos esta pintura:



¿Qué vemos en la imagen? La silueta de un mamut en la cual está localizada la posición exacta del corazón. ¿Es esto una llamada para que los elefantes acudan como los pájaros al echarles migas?

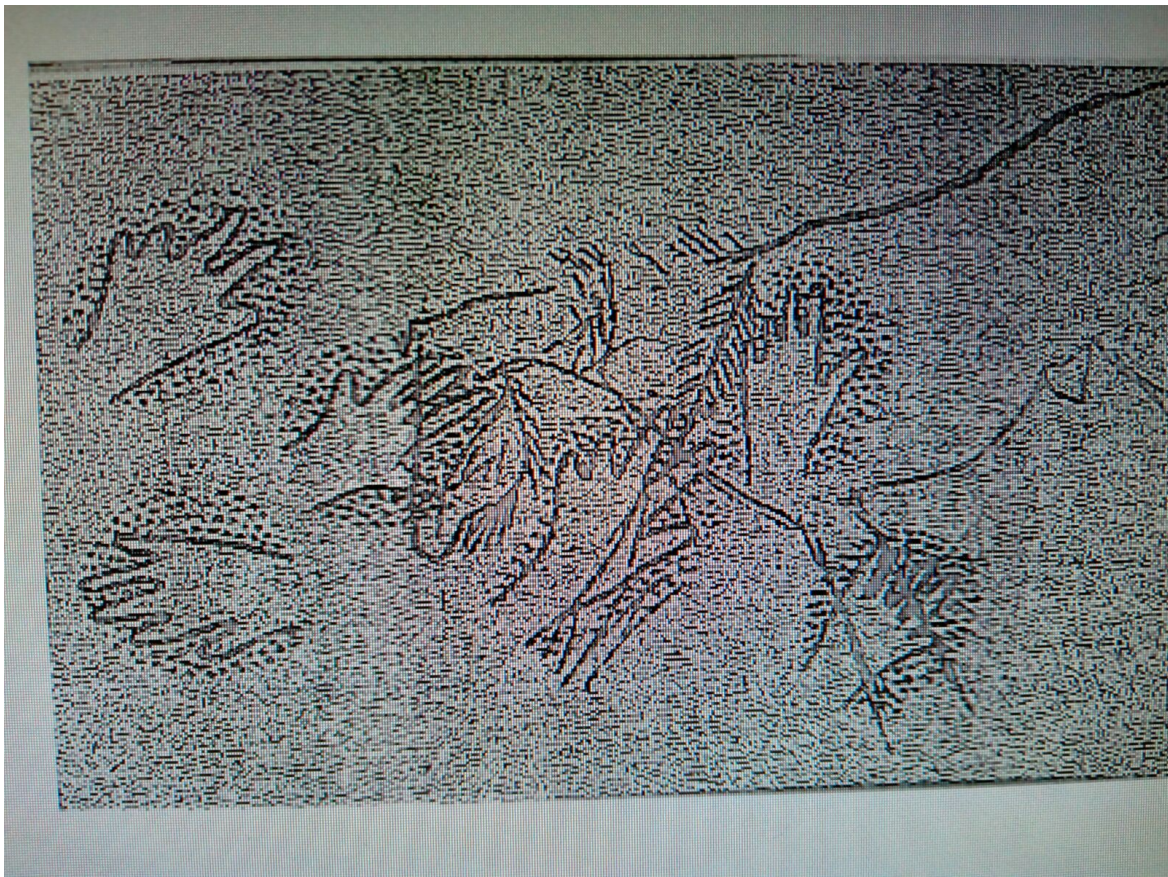
Un cierto teólogo medieval dice, más o menos, que entre dos explicaciones plausibles debe elegirse la más sencilla. Seamos lógicos: primer paso: si saben la situación exacta del corazón ¿no es porque primero lo han descuartizado?; segundo paso: si lo han descuartizado ¿no es porque antes lo han cazado?; tercer paso: si éste es reconocido como un



órgano vital ¿no deben “enseñar” los mayores a los jóvenes cazadores hacia dónde apuntar la flechas y arrojar las lanzas sin desperdiciar sus armas? El veterano es el que más sabe de veterinaria. Esta hipótesis “aventurada” considera que las paredes de las cuevas pueden servir algunas veces también como pizarras de una escuela. Por supuesto, esta posibilidad sólo se refuerza si se hallan otros ejemplos semejantes. Dos puntos valen para trazar una raya. Comprobemos esta teoría.

En el sur de Francia existen dos cuevas separadas por una cierta distancia que puede recorrerse en tan sólo algunas cuantas jornadas de camino. Pero aquí lo más importante es que en ellas están representadas dos pinturas que parecen estar relacionadas formando una secuencia temporal. Ésta es la primera:

En la pintura vemos dos caballos que huyen en dirección contraria (las grupas están sobrepuestas). Y rodeando los caballos hay dibujadas seis manos: arriba, abajo, izquierda, derecha. En la otra cueva – insisto – no excesivamente alejada de la primera hay una pintura de un caballo con la cabeza baja y seis manos acariciando el cuello del animal.



¿Cómo interpretar estas dos pinturas? La primera nos parece indicar que ante una estampida es preciso rodear los caballos, encerrarlos en un cerco. Esto significan las seis manos que envuelven a los dos caballos en fuga. Ahora bien, los caballos agitados – tal vez por el ruido de una fiera- deben ser calmados, hacerlos tranquilizar. Éste es el sentido de las seis manos acariciando el cuello (no hay manos sobre ninguna otra parte). El hecho de que el gran Alejandro sometiera al indómito Bucéfalo pasando la mano sobre el cuello es un paralelismo evidente. En suma, hablando en lenguaje moderno, estaríamos ante un protocolo de actuación en caso de emergencia. No es cosa de que los caballos se echen al monte volviéndose cimarrones.

Como hemos visto, el arte sirve de complemento a la técnica y la técnica se vale del arte para transmitir sus

enseñanzas. El hombre necesita siempre juntar la utilidad y la estética. O dicho de otro modo, la función con la belleza. Y los primitivos también sintieron este anhelo constante en la historia. ¿Hay algo más ingenioso que un propulsor? Éste era un palo corto con un agujero en uno de sus extremos y en donde se colocaba la lanza. Cuando se arrojaba ésta alcanzaba una mayor distancia.



Miremos la imagen de este propulsor. ¿De veras hacía falta representar el caballo? ¿Añade algo la talla artística a la balística del proyectil? Podríamos hablar de un “diseño funcional” o, mejor todavía, decir que dicha arma está “tuneada”. No, no son tan tontos los hombres de la prehistoria. Sobre todo si pensamos que bajo ese nombre genérico se engloba miles de años, miles de generaciones, en que los hombres (eh, y las mujeres también) no han dejado de avanzar en sus conocimientos.

Además del fuego ya mencionado otro invento excepcional es la rueda. Como siempre el punto de partida debe buscarse en la naturaleza misma. Pongamos que una roca se desprende de una colina o, mejor aún, fuertes ráfagas de viento derriban un árbol arrancando sus raíces. Hace falta leña para mantener el fuego, pero ¿cómo trasladar el tronco

truncado? El menor problema es podar las ramas en el mismo sitio dejando aquél árbol desnudo y mondo lirondo. Podría cargarse entre varios hombres como se lleva un féretro. Es posible. Sin embargo, también existe la posibilidad de dejarlo caer por un terraplén o bien hacerlo rodar, tal vez con la ayuda de una palanca. Esto hace nacer en la mente la idea de la rotación. El hombre piensa con la cabeza para ahorrarse trabajo con las manos. Una vez troceado el tronco como unas rodajas de chorizo (con perdón) sólo falta abrir un agujero en el centro y meter luego un eje. Y si ese tronco se echa al río – como un cocodrilo de madera – el árbol se trasporta fácilmente hasta un embarcadero.

Pueden juntarse asimismo varios troncos con cuerdas - ¿no recordamos las lianas del Tarzán de nuestra niñez- para construir una almadraba: primer barquito de la navegación fluvial. Pero todas estos avances técnicos valen un adarme (comino, ochavo, perragorda, etc.) si no se llena la panza. Como, luego existo. En un principio bastaba con recoger las frutas de los árboles y cazar los conejos y otras especies que salieran del sombrero entre los matorrales. Pero las frutas se agotan y es preciso ir detrás de los animales dejando las cuevas donde tan calentitos estaban. Era imprescindible cambiar de vida. Si nosotros no vamos a la comida, la comida debe venir a nosotros. Un día observaron que les faltaba comida. Escondidos en la maleza observaron que algunos animales se acercaban a comer las sobras. Pensaron: vamos a ponerles cada día una ración de comida y acudirán hasta que les echemos el lazo. Sin tener que buscar su alimento, bien cebados, se volvieron un poco tontos, menos salvajes. Dame pan y llámame domesticado (paréntesis inútil y filológico: *domesticar* tiene la misma raíz que *dominar* y de “*domus*” o casa, de donde viene “*dueño*”). El puerco perdió sus colmillos - ¿para qué le servían? - y se transformó en un vulgar cerdo, cochino o marrano. Claro está que el hombre nunca perdió el gusto por el arte cinegética. Todo lo que corre y vuela, a la cazuela. De hecho algunos animales prefirieron, como el lobo solitario, llevar su anterior vida salvaje, cosa

que no hizo el perro del pastor, guardián de las ovejas y protector de éstas frente a su malvado primo hermano. Si alguien te ha de joder...

Pero alimentarse solamente mediante carne, por más sabroso que esté el churrasco, no es siempre bueno, pues tal vez puede ser eso la gota desbordada que provoque la gota. Se requiere una alimentación sana y equilibrada. El espíritu de observación de algunos hombres advirtió que unas pequeñas pepitas, caídas en la tierra, daba al cabo del tiempo una planta. Y, como no era tonto, plagio a la naturaleza que siempre está dispuesta a compartir sus secretos. Se había inventado la agricultura, una cultura del agro que tiende a desaparecer entre hombres que se las dan de cultos. Hoy ya nadie distingue un nogal de un avellano y muchos niños creen que el queso nace en Suiza como antes los niños venían de París. Cierta día, el poeta Villaespesa, paseando por el campo con Unamuno, vio una flor en un estanque y le preguntó al escritor vasco si sabía su nombre. “Esa flor- dijo Unamuno- es el nenúfar del que habla usted tanto en sus poemas”. El poeta modernista había tomado el nombre por su eufonía sin conocer la cosa designada. En suma, la ciudad de asfalto bajo la cual ignoramos que existe la tierra.

¿Y el pescado? -dirán los amantes de la merluza, las cocochas y el bacalao a la vizcaína. En primer lugar, los peces solamente viven en los ríos y en los mares, y no todos los pueblos viven en los ríos o bien a orillas de la mar. Como es lógico, los restos de pescado deben encontrarse como residuos allí mismo en donde se comían. A los niños les gusta coger caracolas y escuchar el sonido del mar poniendo el oído como si fueran un teléfono. En latín “coclea” significa “caracola” y es una palabra claramente onomatopéyica que sugiere el cascar las cáscaras de los moluscos (lo mismo pasa con el inglés “o’clock” para decir hora y reloj, evocación del sonido de la campana). Pero si “coclea” en latín tiene el sentido de “caracola”, su evolución al romance adquiere la nueva significación de “cuchara”. Evidentemente siendo cóncava permite tomar líquidos. Consecuencia gastronómica:

la sopa, especialmente la “vuyabesa” (sic), es un plato de marineros. Ahora bien, la sopa, ya sea aguada, requiere tener un recipiente como otros alimentos en conserva. Dios había hecho al hombre del barro y el hombre, hecho a imagen de Dios, un dios menor, crea con arcilla la quebradiza cerámica. El barro del barranco es algo más que una actividad lúdica empleando el lodo. Desde entonces el agua corriente puede envasarse para un consumo posterior. Una vez modeladas las vasijas precisan secarse al sol. Sin embargo, el fuego añade hora de luz al día y proporciona un calor suplementario. El horno pequeño – luego vendrán los altos - inicia la producción en masa.

Demos ahora una cucharada a la sopa de pescado. La voz “coclea -dijimos- imita el sonido del cascar las conchas. Y aquí hemos llegado a la madre del cordero: el origen del lenguaje. Según algunos, las primeras palabras serían voces imitando los sonidos de la naturaleza. Una cosa es clara: con media docena de gritos acompañados de otros tantos gestos no se puede escribir la *Crítica de la razón pura* ni la *Odisea*. La pobreza del lenguaje - ¿no sucede hoy algo similar? - conduce a la anemia de las ideas. En suma, los primeros vagidos del lenguaje – de todas las lenguas – no pueden tener unos cimientos racionales. Y si esto es así, como lo es de veras, solamente nos queda afirmar que el lenguaje surge como expresión del espíritu. Pero esto no es suficiente todavía. Un hombre que llora de tristeza no realiza un acto lingüístico. Sin embargo, si quiere transmitir ese estado de tristeza o reproducir fingidamente el llanto una vez pasado dicho sentimiento, entonces sí ejecuta un acto lingüístico. No podría haber lenguaje si para referirnos a las cosas éstas tuvieran que estar siempre presentes. El signo nos permite transportarlas en “ausencia”. Esto no lo puede hacer ningún animal. Un ave no emitiría un sonido para referirse a un peligro pasado o avisar a sus congéneres de una amenaza que no sea ya presente.

Esta teoría sobre el origen del lenguaje podríamos llamarla “naturalista”. Los teólogos, arrimando el ascua a su

sardina como no podía ser de otro modo, sostienen que el habla es un don divino. “En el principio fue el Verbo” (un *logos* todavía sin tiempos verbales ni conjugación). El “homo faber” fabrica cosas y entre esas cosas que fabrica el “homo faber” están las fábulas, el habla. ¿No es fabulosa esta capacidad de fabulación? Sea lo que fuere del origen divino del lenguaje, una cosa es cierta: el hombre atribuye un poder misterioso a las palabras. Este poder está en la base de los conjuros, maldiciones, fórmulas rituales, etc. En el antiguo sánscrito bastaba un leve error en la pronunciación de la liturgia sagrada para que ésta perdiese toda su validez. Por ello los gramáticos hindúes llevaron a cabo un detenido análisis fonológico y exhaustivo que los europeos solamente hemos alcanzado en el siglo XIX.

Ciertamente los cavernícolas tenían una concepción animista de la naturaleza. El mundo está poblado de dioses. Sin embargo, tampoco debemos pasarnos de sal en la ensalada. Los médicos, cuando no conocen la causa de un mal, acuden a la etiqueta “disfuncional”. Este vocablo encubre la ignorancia sobre un órgano que no funciona bien sin un aparente motivo. También ciertos prehistoriadores acuden a especulaciones imposibles de comprobar. Así, las célebres estatuillas conocidas como Venus, con sus pechos nutricios y sus caderas imponentes, serían símbolos de la fertilidad. Dado su pequeño tamaño lo mismo sería que fueran muñequitas para jugar las niñas del paleolítico. Y en cuanto a llamarlas Venus parece una ofensa a la Venus de Milo. El arte de aquellos trogloditas, por más que hiciesen hachas de sílex, no daba para mucho más. ¿Quién no se caería de espaldas si, en vez de unos cuantos golpes dados toscamente a una piedra, nos encontrásemos con la *Victoria de Samotracia*? Veamos esta señora rolliza, digna de un cuadro de Rubens y que, sin querer ofender a ninguna mujer de nuestros días, no debía estar demasiado lejos de las féminas de aquellos tiempos.



Por supuesto, los hombres no podían tampoco presumir mucho de ser unos galanes de cine (al menos conforme a nuestros cánones de belleza). Barbas largas, pelo en pecho, brazos y piernas, olor a tigre. Y entonces ni aquellos que tenían dos cavernas podían ofrecer atractivos como joyas, perfumes, bolsos, tarjetas de crédito, etc. Sin embargo, la sexualidad en aquella época lejana tenía una ventaja para los varones enclenques, feúchos y barbilampiños: bastaba con tomar una tranca fuerte y atizarle en la testa un golpe a la elegida arrastrándola después de la coleta hasta el hogar, dulce hogar (una reminiscencia suave de esta brutalidad es el hecho de cargar en brazos a la novia, pues aquello del rapto de las sabinas es un cuento romano). Como no existía el sexto mandamiento, el fuego y la paja ardían juntos de un modo pecaminoso. En un principio no se relacionó un hecho que dura un minuto con otro que dura nueve meses acabando en la salida de un niño desnudito y llorón. Puédese (forma clásica) entender que tal o cual alimento provoque un vómito instantáneo. Aquí el efecto viene pegado a su causa como el perro faldero a su dueño. Pero eso....¡ doscientos setenta días más tarde! Paulatinamente se dieron cuenta de que una cosa no podía venir sin la otra y, los más rijosos, se resignaron. Y

entonces el hombre se multiplicó hacinándose en trocitos o trozazos de tierra bajo un trapo de tela que les hacía sentir muy orgullosos de estar precisamente bajo ese trapo de tela y no cualquier otro. Tal fue la alegría de los cavernícolas que de norte a sur, de este a oeste, resonó la misma canción: “Mi cueeva, patria queridaa...”.

Pablo Galindo Arlés, 28 de septiembre de 2017